

EL MAESTRO
EN **ROJO** Y NEGRO
TEXTOS RECUPERADOS



La Universidad
de postgrado
del Estado

EL MAESTRO
EN **ROJO** Y NEGRO
TEXTOS RECUPERADOS

RUY MAURO MARINI

PRÓLOGO
PATRICIO RIVAS HERRERA



La Universidad
de postgrado
del Estado

Primera Edición, 2012

320.101

M3389m

Marini, Ruy Mauro

EL MAESTRO EN ROJO Y NEGRO / Ruy Mauro Marini

—1ª ed.— Quito: Editorial IAEN, 2012.

222 p.; 15 X 21 cms

ISBN: 978-9942-9906-6-2

1. CIENCIAS POLÍTICAS 2. TEORÍA POLÍTICA 3. AMÉRICA LATINA
4. CIENCIAS POLÍTICAS-HISTORIA I. Título

INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES

DECANATO GENERAL DE INVESTIGACIÓN

Av. Amazonas N37-271 y Villalengua esq.

Edificio administrativo, 5to. piso

Telf: (593) 02 382 9900, ext. 312

www.iaen.edu.ec

Información: editorial@iaen.edu.ec

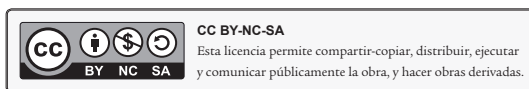
Dirección editorial: Juan Guijarro

Maqueta y diagramación: David Rivera Vargas

Diseño portada: David Rivera Vargas

Impresión: Imprenta Mariscal

Quito - Ecuador, 2012



Índice

Prólogo 9

PATRICIO RIVAS HERRERA

Procedencia de los textos 51

1. Memoria 53
2. Las raíces del pensamiento latinoamericano 125
3. América Latina en la encrucijada 141
4. La idea de la integración en América Latina 163
5. Elementos para un balance histórico de treinta años de izquierda revolucionaria en América Latina 179

PRÓLOGO

EL SABER REVOLUCIONARIO Y LOS TÉRMINOS DE LA DOMINACIÓN MUNDIAL

HOMENAJE A RUY MAURO MARINI

PATRICIO RIVAS HERRERA

Ningún fenómeno social trascendente de los registrados en los anales de la historia humana ha sido tan caprichoso y transformador como ese concepto, parido desde la materialidad de lo real y desde la voluntad libertaria, de la revolución. En sus momentos de avance e inversión de consolidación o decadencia, suele arrastrar a sus detractores y promotores a largas discusiones que no se resuelven en la retórica, sino hasta que emerge una nueva forma revolucionaria que suele alterar todo lo que se ha dicho hasta ese momento sobre la propia revolución.

Este concepto magnífico, y en muchos casos desbocado, genera en sus etapas previas y de amenaza latente mujeres y hombres excepcionales, que seguramente jamás pensaron identificar a la historia consigo mismos, pero que en esos momentos se identifican con la historia. Algunos son individuos constituidos en duras luchas por la vida cotidiana; y otros, soñadores empedernidos, o intelectuales que viven el desafío de volver a comprender (Amin, 1997).

La noción de historia social, y más aún de creación intelectual, es un ámbito de enorme complejidad, en gran medida porque ha sido difícil su integración a la investigación académica, que es la que dota frecuentemente de significantes teórico-metodológicos a las disciplinas emergentes. A pesar de ello, en las últimas décadas y como balance —en muchos casos, de los años salvajes de las dictaduras militares—, alrededor de capítulos como la memoria, la recuperación de microhistorias olvidadas y de luchas sociales soslayadas, se ha transformado la historia social en América Latina en un espacio de debate teórico-político como el que describe Emir Sader respecto al siglo XX:

Ningún siglo fue más «histórico» que el siglo pasado, en el sentido que ninguno supuso mudanzas y transformaciones tan radicales del movimiento histórico, en diferentes sentidos y en un espacio relativamente tan corto de tiempo. Basta decir que una parte de la humanidad rompió con el capitalismo, inaugurando una época de polarización capitalismo-socialismo; posteriormente, un segmento de esa parte resolvió volver al capitalismo. Lo que, en otras palabras, significa que ni «la historia camina hacia el socialismo», ni «el fin de la historia» desembocó en el capitalismo. Esto es, no hay teología en la historia. En vez de avanzar y conducir a los hombres en una determinada dirección, la historia es construida y reconstruida por la lucha concreta de los hombres, a partir de las condiciones históricas en que estos se encuentran, es cierto, pero siempre hacia condiciones nuevas (Sader, 2003: 21).

Cuestión aparte ha sido la elaboración, con cierto nivel de autonomía, de una historia social e intelectual de los pensadores latinoamericanos y, más especialmente aún, de los intelectuales marxistas, quienes desde los nuevos movimientos sociales y políticos abiertos por la revolución cubana en 1959 generan paradigmas interpretativos alternativos a la izquierda histórica, e independientes del sociologismo de las teorías de la modernización y el desarrollo.

La existencia de estos intelectuales debe ser situada en el campo más amplio de la crisis de hegemonía teórica, que comienza a verificarse al interior del ámbito intelectual ya a principios de la década de 1950, en un sentido casi siempre reformista burgués, para luego extenderse hacia la izquierda agrupando intelectuales autónomos y nuevos científicos sociales que postulan la idea de la revolución socialista. Esta nueva corriente va a ser parte del agotamiento de un modelo de pensamiento cuya máxima expresión se localiza en la monumental obra de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), y sus sugerencias de desarrollo.

Ruy Mauro Marini es fraguado en estas condiciones y su adscripción a la izquierda revolucionaria brasileña será parte de su campo de opciones políticas y de creación teórica. La historia intelectual en su caso va a proyectar sobre varias decenas de intelectuales relevantes un modelo que alude a la crisis de hegemonía de la cultura dominante de ese período, al fracaso de las convicciones de las clásicas élites académicas y políticas, y a la articulación emergente y radical de otras formas de pensar a América Latina como parte del sistema mundial capitalista.

Aludiendo a los rasgos más relevantes en el pensamiento científico de Ruy Mauro Marini, que siempre se situó en un alto nivel categorial de abstracción, ya que lo que analizaba era la naturaleza y los fenómenos de la dependencia, va a ser en sus escritos más políticos que se compenetra en realidades nacionales específicas. Destacan estos rasgos sustantivos de su propuesta teórica cuando expresa que la dependencia es un fenómeno de subordinación entre naciones formalmente independientes y que esta asimetría correlacional genera una reproducción ampliada de los centros de poder, como denota en esta publicación de una de sus épocas en México:

Teóricamente, el intercambio de mercancías expresa el cambio de equivalentes, cuyo valor se determina por la cantidad de trabajo socialmente necesario que incorporan las mercancías. En la práctica, se observan diversos mecanismos que permiten realizar transferencias de valor, pasando por encima de las leyes de intercambio, y que se expresan en la manera como se fijan los precios de mercado y los precios de producción de mercancías (Marini, 1973a).

El núcleo duro de sustentación de la dependencia desde el ángulo de Ruy Mauro Marini es la «superexplotación», en tanto analiza y comprende las mediaciones fundamentales de la producción de plusvalía y hace comprensible la distancia entre el ámbito de la circulación y el de la producción, amplificando las contradicciones sociales y de clase.

La formación del capitalismo en este marco es funcional a la acumulación de capital a escala mundial, y a la cuota general de ganancia. De esta forma, las regiones dependientes como América Latina co-ayudan para disminuir las tendencias cíclicas a la caída de las tasas de ganancia de los núcleos centrales sobre la base del incremento de las tasas de explotación, reduciendo el valor de los bienes-salario y disminuyendo el valor del capital constante en virtud de la exportación masiva de materias primas. Esto —postula Marini— consolida un intercambio desigual que permite la transferencia de valor desde América Latina a los países centrales.

Cuando las facciones dominantes de la región latinoamericana intentan compensar esta relación desfavorable a su expansión, amplían y profundizan la explotación de trabajo con el fin de aumentar la masa de valor, que ya se ha visto contraída por los factores anteriormente enunciados. Hay que destacar que el concepto de superexplotación no

es lo mismo que el de plusvalía absoluta, en tanto implica una forma de producción de plusvalía relativa referida al aumento de la productividad del trabajo. Así, la superexplotación se define sustantivamente desde este ángulo por la mayor explotación de la fuerza del trabajador, lo que es diferente a la explotación que deviene del aumento de la productividad.

Como se señalará en el momento de analizar algunas críticas de Fernando Henrique Cardoso, la superexplotación genera un divorcio en el ciclo del capital entre la esfera de la circulación y la de la producción, estableciendo una estructura de consumo y un aparato productivo distante de las necesidades de la gran mayoría de la población. En este sentido, la equivocación básica de Cardoso es suponer que las formas más avanzadas y complejas de acumulación borran las más básicas. Como si la plusvalía relativa pudiera existir sin plusvalía absoluta.

En términos sintéticos, la noción de superexplotación hace comprensible, de acuerdo a Marini, el carácter teórico-histórico de la formación social latinoamericana, ya que explica desde la plusvalía las condiciones de explotación, intensivas y extensivas, de la fuerza de trabajo y sus impactos en los planos de circulación y distribución (Osorio Urbina, 1983).

En el universo del grupo de pensadores del cual forma parte Marini, André Gunder Frank, quizás el más controvertido de todos ellos, señalará en su clásico «Desarrollo y subdesarrollo», que:

No podemos esperar formular teorías y programas adecuados para la mayoría de la población mundial que sufre el subdesarrollo sin antes conocer cómo su pasado económico y su historia social dieron lugar a su actual subdesarrollo [...]. Y lo que es aún más importante, nuestra ignorancia de la historia de los países subdesarrollados nos lleva a aceptar que su pasado y hasta su presente se asemejan a las etapas primitivas de la historia hoy desarrollados [...] (Gunder Frank, 1985).

Es desde estas afirmaciones de historia económica social que se hace también visible esa relación dinámica entre plusvalía relativa y absoluta señalada en el párrafo anterior. Destaquemos que la articulación intelectual y política de muchos de los pensadores que recogemos en esta introducción juegan de manera complementaria aunque no siempre coincidente en cada aspecto; así, Marini se complementa con la indagación histórica de Frank, y ambos con los trabajos más políticos de otros autores.

Observemos que en este agrupamiento creativo Tomás Amadeo Vasconi viene a aportar con más énfasis, desde el debate epistemológico y la investigación sobre la educación y los movimientos estudiantiles, conceptualizaciones que le permitirán a Marini en su momento acotar el alcance y el rigor de sus críticos.

La ideología es una sociedad de clases, una representación de lo real, pero necesariamente falseada, dado que es necesariamente orientada y tendenciosa, y es tendenciosa porque su fin no es dar a los hombres el conocimiento objetivo del sistema social en el que viven, sino por el contrario, ofrecerles una representación mistificada de este sistema social para mantenerlos en su lugar en el sistema de explotación de clases (Casas Gragea, 2005).

Hay un juego teórico metodológico entre lo que se denomina la corriente revolucionaria de la teoría de la dependencia ya que a la noción de superexplotación de Marini se le sitúa por coincidencia teórica como afín —pero no análoga— al pensamiento histórico de Frank, y a ambos a la reflexiones más epistémicas de Vasconi, asunto que se extiende a los aportes más centradamente políticos de Theotonio dos Santos Junior en su trabajo «Subdesarrollo y dependencia»:

La primera consecuencia de esta dependencia es la necesidad de conservación de relaciones de producción atrasadas y, políticamente, significa la mantención del poder de las oligarquías tradicionales y decadentes. En los países donde estos sectores son controlados por el capital extranjero, significa la remesa de fuertes ganancias hacia el exterior y la dependencia política de estos intereses (Casas Gragea, 2005).

¿Cuál es el obstáculo de conocimiento y sugerencias que esta pléyade de estudiosos confrontan?; es decir, ¿a qué problema en la construcción de conocimiento se enfrentan?

Lo hacen frente a una urgencia que no proviene de su saber auto-centrado sino de la aceleración histórica de los tiempos políticos en nuestra región en las décadas del sesenta, setenta y ochenta. Esa aceleración impulsa la necesidad de correlacionar investigación, modelo, sugerencia y propuesta en un proceso doble: por un lado, desde el programa de transformación que los agrupa, y por otro de producción de datos relevantes para su propio pensamiento, como se ve en las reflexiones frecuentes entre estos pensadores:

Crítica a la aplicación de la metodología. La concepción teórico-medológica general propuesta por Cardoso y Faletto para orientar el análisis que emprenderán es correcta [...]. Sin embargo, lo económico está presente en este estudio solo como un «marco» muy general a partir del cual se desarrolla un análisis esencialmente sociológico. O sea, lo económico importa solo en cuanto define los parámetros estructurales, mientras el estudio se centra en «la acción de los distintos grupos», tomada desde el punto de vista sociológico. Ahora bien, lo económico, en cuanto es tomado solo como un marco estructural en sentido tan general, no permite revelar en toda su complejidad la gama intrincada de la acción de los diversos grupos y clases sociales que actúan en función de intereses económicos objetivos, cuya imposición exige la lucha por la economía política (Casas Grajea, 2005).

Al caracterizar el estado de pensamiento y acción por el cual discurría nuestra región en esas décadas, señalemos como imagen sugerente que la noción de situación asamblearia (tanto transversal como verticalmente) desestructura y tensiona a las categorías esenciales de lo que era el discurso hegemónico de la élite regional, como el de nación e identidad; y, por otra parte, las dogmáticas vigentes al interior de los núcleos de dirección de los partidos de izquierda también se estremecen por un tipo de trizadura en las certidumbres que tiene dos vectores que se retroalimentan: por un lado, la crisis mundial del sistema capitalista que desde este ángulo tendrá su epítome en el 1968 francés; y por otro, en la expansión y multiplicación de las luchas políticas, sociales y culturales en América Latina. También, y en sintonía con las aperturas teóricas del período, la producción mundial de un marxismo revolucionario basado en investigaciones solventes y en diálogo con textos olvidados (no solo de Marx, sino también de esos años de gran fermentación intelectual como fueron las primeras décadas del siglo XX en Europa y América Latina) da un tono de frescura y rigor que durante las décadas anteriores era más bien una excepción.

Los impactos brutales que tienen las dos guerras mundiales del siglo XX en el pensamiento y la continuidad investigativa, en la extinción de muchos creadores y analistas desde el marxismo, han sido poco incorporados al estudio de los momentos de miseria teórica; sin embargo, y de manera más específica, las muertes físicas y morales de la Segunda Guerra Mundial afectarían la expansión de las teorías críticas. Esto comienza a ser superado hacia fines de la década de los cincuenta de ese siglo en un contorno mundial agitado por el radicalismo teórico y político de jóvenes y trabajadores.

Mirados así, los aportes de Marini y los dependentistas de izquierda se desplazan desde lo histórico estructural y epistemológico hasta lo económico y político, alterando las estrategias de producción intelectual, convencionales y en muchas circunstancias formateadas por los aparatos políticos de izquierda. Se ponen en juego discusiones que refutan la historia larga de la región, el proceso de formación de clases, las dinámicas de la lucha de clases, el concepto de partido, vanguardia, relación entre partidos y sindicatos, la noción de burocracias obreras, de reforma y reformismo, de proceso y estructura, entre otros dilemas. Varias formaciones de izquierdas viven estas producciones teóricas como amenazas a sus dogmas y emprenden intentos de respuesta que, en todo caso, terminan por ampliar el propio debate que querían coartar.

Lugar relevante de esto serán las universidades en la región, cuyos espacios y aulas son laboratorios de discusión y nuevas observaciones teóricas. Desde luego, esto se está fermentando desde el ambiente de la reforma universitaria en pleno auge, que tendrá como uno de sus clímax el Octubre 2 de 1968 en Tlatelolco, con la matanza de cientos de estudiantes que luchaban por un cambio en la matriz educativa mexicana. Caso singular es el efervescente nivel de relación entre pensamiento y sociedad que se produce en centros institucionalizados como la FLACSO-Chile, el Centro de Estudios Socioeconómicos, CESO (de la Universidad de Chile), el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (dirigido por Jacques Chonchol y gestado en el seno de la Universidad Católica de Chile); y que después de las dictaduras latinoamericanas derivaron en algunos casos en organizaciones no gubernamentales u otros generados como grupos de trabajo, que tuvieron una vigencia y fuerte importancia no solo dentro de la cátedra, sino alrededor de movimientos sociales o gestores de ideas como el Centro de Planificación de Estudios Sociales (fundado en Ecuador por exiliados chilenos y argentinos en 1978, también gracias al impulso de algunos profesores de la FLACSO-Ecuador, fundada en 1974).

No es difícil comprender que esto resulta de la naturaleza en extremo original de lo que ocurría en el período de la Unidad Popular y del primer experimento de transición pacífica al socialismo. Estos centros de saber estuvieron, cada uno desde sus enfoques, en medio de la lucha teórica nacional sin perder rigor analítico, e influyeron en variadas opciones políticas de los grupos en conflicto. Marini estará en el México de 1968 y en el Chile de la Unidad Popular. Las elaboraciones que hace

de la experiencia chilena serán parte de los debates de la izquierda europea especialmente de la italiana y sus corrientes más originales, como las que fragua Rossana Rossanda y el grupo de *El manifiesto*, creado por ella y otros jóvenes en los años sesenta, no solo como un movimiento sino como un diario.

Asimismo, se abren en ese tiempo y desde estos autores miradas sobre las clases sociales no observadas, como el proletariado agrícola y esas fracciones en constante movilidad que se denominaron los pobres del campo y la ciudad: franjas enormemente extendidas y casi siempre sometidas al trabajo temporal o a la cesantía estructural. Se comienzan a resaltar ciertas originalidades como la de los pobres urbanos y sin casa, a los que se les denominó «colonos» en México, o de los habitantes de las favelas en Brasil, fuerza social amplia y de formas directas de lucha; por poner solo dos ejemplos de un fenómeno extendido a todas las grandes ciudades. La representación política de estas clases y fracciones de clase no era asumida ni por la izquierda tradicional ni mucho menos por los partidos de centro. Será la nueva izquierda la que los haga presentes como actores relevantes de la lucha democrática y socialista. Por ello, esta nueva izquierda expresaba una amplia y nueva alianza de clases entre el movimiento obrero tradicional y las fuerzas sociales excluidas de la sociedad política.

A pesar del sustantivo avance teórico, metodológico y político que se observa en ese período, los temas de género, juventud y mundo indígena deberán esperar más años para ser instalados en las agendas de reflexión y de pensamiento. Y mucho menos se percibe el inicio de las migraciones económicas, la expansión del uso de drogas, el tráfico de personas y otros fenómenos con el actual impacto sociopolítico. Destacamos esto porque va a dar cuenta de la distancia que existe entre observar y comprender, aun desde el campo de la teoría revolucionaria.

Es importante traer al recuerdo que lo que de diversas maneras comienza a ocurrir en América Latina en las décadas de los sesenta y setenta es que la existencia material de los individuos de lo que se denomina el campo social popular no solo está encuadrada en la lógica de la necesidad material, sino que empieza a ser influida por el campo de la libertad no sujeta de manera mecánica a sus condiciones inmediatas de existencia. Estos temas de cómo lo social altera y proyecta la conciencia son de gran centralidad desde el interior de la propia teoría de la dependencia, en los grados en que esta es un giro en los sentidos para analizar el capitalismo regional. También porque la lucha política esta-

ba sedienta de una nueva epistemología frente a las liturgias analíticas más convencionales. El enfoque dependientista permite que el sentido de la observación y la acción social se haga más fructífero y dote de mayor comprensión del lugar que las clases subalternas tienen y pueden desempeñar en la historia.

Toda formación social se hace original con la manera en que se relaciona el conjunto total de los individuos para transformar sus condiciones de vida. Lo que hace la singularidad de la teoría revolucionaria de los sesenta es que localiza al interior de un conjunto de relaciones sociales en crisis la posibilidad de la libertad como imagen deseada desde la acción política, y no sometida ineluctablemente al dominio y la explotación.

Un ciclo revolucionario construye una situación y reflexión original que no es reductible a lo que ocurre en ese exacto momento, sino a la tensión hacia un estadio superior de existencia que no es definido *a priori*. Por ello, muchas de las tesis de trabajo de la intelectualidad revolucionaria no pueden ser comprendidas desde la estructura funcionalista y estructuralista, de centro o de izquierda. La cultura y formación de una teoría revolucionaria en esos años logra resaltar no solo que somos parte de una formación social cuyo carácter mundial crece aceleradamente, sino que ese mismo carácter es expresión de una nueva formación social posible. Que el ritmo y la localización desde los sectores más atrasados hasta los más dinámicos de nuestras economías están supeditados de forma dinámica a la naturaleza mundial de la acumulación de capital, a su reproducción ampliada y, desde luego, a sus crisis y ajustes.

Sería muy largo el análisis y el relato de cada uno de los espacios donde la nueva teoría revolucionaria comienza a generar efectos políticos, y más complejo aun el cómo los procesos sociales modifican la ontología de los propios campos de izquierda. Pero la teoría de la dependencia aporta desde los interiores de la región las estructuras de saber a la izquierda revolucionaria y al pensamiento crítico en niveles de amplitud como nunca esta izquierda tendría durante el siglo XX. Teoría generada en la región y en diálogo con otros modelos de la intelectualidad mundial de ese momento.

Es difícil de pronto concebir, desde los años de achicamiento de la teoría anticapitalista, el contorno creativo (tanto teórico como social y político) en el cual este modelo se hace posible. Luego de 1990 se ha-

ce difícil pensar modelos de ese alcance y pretensión. Recién a fines de esa década, y de manera primero molecular, se da curso a una recuperación de las teorías más explicativas y se abre con dificultad el lugar de otras. A pesar de que, al igual que en las décadas de 1930 y 1940, se mantienen redes y núcleos de pensamiento por fuera de las universidades y partidos.

Eric Hobsbawm (2011) señala en uno de sus últimos escritos que después de un siglo de la muerte de Marx, el marxismo transitaba por un momento de decadencia y recesión, tanto política como metodológica e intelectual. Si bien la afirmación de Hobsbawm se sostiene en lo que se refiere al período que transcurre entre 1990 hasta 2010, y se localiza de manera esencial en los territorios europeos que habían sido la cuna teórica y política del marxismo, podemos constatar que la propia crisis económica y política del orden financiero internacional que se agudiza con particular fuerza desde el año 2008 está implicando con recurrencia un regreso del anticapitalismo social, político y teórico.

El despliegue de esto en el tiempo y su capacidad de consolidación no es un hecho asegurado, ya que dependerá de la agudeza que la teoría marxista clásica (y especialmente los textos de Marx) tenga para explicar el movimiento del capital en el siglo XXI y la influencia heurística que demuestre desde la acción política por un nuevo orden humano. Es también un asunto de relación entre teoría e historia, pensamiento y lucha social. En el caso de América Latina, el reflujo del pensamiento crítico tanto académico como político se comenzó a evidenciar desde mediados de los ochenta del siglo pasado (Bensaïd, 2006). El insecto dentro del cristal de esta tendencia era el afán obsesivo por el microestudio, y el desprecio por las teorías generales (Osorio, 2001), en contextos livianos de categorías posmodernas. Estas nociones estaban hechas a la medida de un nuevo individualismo posesivo y de un irracional apoliticismo, que solo podía llevar a mayores niveles de exclusión y explotación.

El sustrato que motorizó lo anterior va a sustentarse en la derrota de las izquierdas históricas y revolucionarias, para orientar una resolución anticapitalista al orden dependiente y atrasado de nuestras formaciones económico-sociales. Se puede argüir que en la trama del marxismo mundial han existido varios ciclos de contra-acción del peso social y político del pensamiento marxista. En efecto, los procesos contrarrevolucionarios (con su saga de conservadurismo) cercaron al

pensamiento crítico y produjeron un aniquilamiento moral y físico de cuadros relevantes del movimiento revolucionario, generando esta disminución en la capacidad de determinación de la teoría marxista (Marín, 2010). No se debe olvidar que mataron mucho y de variadas formas a nivel mundial, gestando un vaciamiento de lo creado durante buena parte del siglo XX. Produjeron variados miedos frente a la aventura de libertad y la autonomía.

Sin embargo, en estos tiempos no estamos en una contrarrevolución clásica y tampoco en medio de un reflujo episódico a partir del cual las propias luchas sociales reabren los campos de acción y pensamiento. Lo que enfrentamos hoy —y desde ahí debemos pensarnos— es una gran dispersión de capacidades acumuladas históricamente e incluso una confusión con impactos graves que se pueden observar en el destrozamiento de las ilusiones de la izquierda posmoderna, que, frente a la brutal realidad del liberalismo (Estay, Lara y Silva, 2012), que ellos asumían como un período de crecimiento fluido del capitalismo, debe hoy reconocer que ese crecimiento se trastocó en agudo reordenamiento y que las posibilidades del bienestar social se acortaron o desaparecieron.

Nos referimos a la incapacidad de varios grupos de centro y de izquierda para superar un reflejo fetichista y tosco desde una pretendida objetividad analítica de la naturaleza de este capitalismo. Resaltemos que lo anterior ha dado lugar al sometimiento de estos grupos, al juego dominante o a tesis apocalípticas de un derrumbe del sistema internacional a partir de sí mismo, como un derrumbe autogenerativo sin resultar lo anterior de las luchas sociales materiales.

En estas décadas vivimos en medio de la más profunda reconversión del capitalismo internacional en todos los territorios del planeta, y por ello estamos compelidos a repensar *El Capital* de Marx (Mandel, 1985) y el capitalismo existente desde niveles de complejidad teórica y política que rebasan los aportes de intelectuales y cuadros; es decir, transitamos con crecientes enfoques originales un nuevo período de las luchas que exigen recuperar aquello que, con gran dificultad, se acumuló como saber subversivo, y singularmente generar nuevos marcos de referencia para poder actuar en planos que los fundadores del pensamiento socialista en todas sus vertientes difícilmente pudieron haber imaginado.

La historia social y política de América Latina durante el siglo XX fraguó notables y singulares elaboraciones desde los inicios de construcción autónoma del movimiento obrero, como ocurrió entre otros con José Carlos Mariátegui en Perú, Luis Emilio Recabarren en Chile, y Farabundo Martí en El Salvador; y, de manera más próxima con las teorías de la dependencia desde un plano anticapitalista, con una pléyade de pensadores que van a encontrar en México, Argentina, Uruguay, y de manera más concentrada en Brasil y Chile, modelos interpretativos que superaban la economía y la sociología desarrollista fundada en una epistemología positivista puesta al servicio de un crecimiento capitalista.

Intentar localizar los aportes de Ruy Mauro Marini no es un ejercicio fácil, ya que él condensa y personifica a ese intelectual nacido en la década de los cincuenta del siglo XX, impulsado por un afán universalista de comprender el orden del capital como proceso mundial que articule y someta a formaciones históricas, como la latinoamericana, a sus ritmos de desarrollo y de recurrente superación de los obstáculos que la acumulación de capital y su reproducción conoce.

Se trata así de un sujeto singular que es intelectual y militante, y que desde el ámbito del pensamiento aporta modelos de trabajo para los propios movimientos sociales que no se someten a la cultura dominante. Hay una epistemología implícita y una analítica económico-política explícita en su acción.

1. Superando el silencio

En este escrito introductor a algunas tesis de Ruy Mauro Marini deseamos poner en juego un marco amplio de las bases de gestación de su reflexión y de la originalidad de sus aportes, muchas veces a contrape-lo del sentido de sus intelectuales próximos, o de sus discípulos, pero siempre en diálogo serio con el movimiento de lo real y de la compleja historia humana con sus amplias aperturas de curso y opciones.

El capitalismo no puede renovarse eternamente, a pesar de que esto no implica un límite preciso. Su constante proceso de actualización consistente en la valorización del valor es un fin intrínseco a este orden; y las estructuras sociales e individuos, desde sus relaciones productivas, laborales y psico-culturales, son sometidas a este ímpetu. La finalidad esencial del modo de producción capitalista no es la satisfacción

graciosa de las necesidades de bienes de consumo, sino la propia valorización del capital, lo que genera crisis al interior de este orden y angustiosos sometimientos de la fuerza laboral de distinto tipo para la sustentación estructural e histórica del modelo.

El sujeto que ha sido forjado en siglos como factor reproductivo es finito y su autoconciencia no puede cortar de manera simple los siglos de eso que aparece frente a él como el espíritu absoluto de la realidad, es decir, de la realidad del capital. Los giros y cuestionamientos a ese orden no solo nacen de la resistencia a la expropiación de la energía de su cuerpo sino también como crisis en las maneras de ver esa realidad como un cuestionamiento, por ello mismo, al concepto de verdad dominante. Esto no es parte de una toma de conciencia individualizada aunque aporta cuando logra superar en sus propios niveles de comprensión las opciones alternativas a la relación sujeto-objeto de la que ha sido víctima, y se reconfigura de un ser objetivizado a un ser rebelde y alterativo.

Pero para alcanzar este plano, lo social (con su multiplicidad de experimentos y sugerencias) configura libremente otras mediaciones intelectuales, orales y políticas, que alteran y subvierten los mecanismos esenciales de la cultura opresiva. El capitalismo se desplaza frente a su limitación externa natural, es decir, de los límites que están marcados por la sobrevivencia social y biológica de la especie humana, de transformación de la energía biológica de los cuerpos y de la naturaleza transformada en valor productivo. Esto implica la destrucción de los ecosistemas naturales y, por otra parte, de sus recurrentes —aunque hasta ahora superables— crisis de acumulación; ambos asuntos que se encuentran hoy concatenados de manera singular.

La finalidad de Marx —que es un soporte frecuente en los trabajos de Ruy Mauro Marini, sin sucumbir a la mera exégesis— es primero el análisis de las relaciones económico-políticas de dominio, tal cual estas emergen del modo de producción y circulación capitalista; y por otra parte, una crítica de la economía política que abarca todo el proceso de autocomprensión de la sociedad burguesa. El eje de lo anterior está en la investigación de las relaciones de producción empíricamente dadas, aunque Marx (como discípulo de Hegel) renuncie al juego abstracto, el plano subjetivo humano, el conocimiento desempeña en su caso un papel preponderante y mayor que la lógica de Hegel (Rolsdolsky, 1983).

En el tomo tres de *El Capital*, Marx señala que «el capitalismo no es otra cosa que el capital personificado, solo actúa en el proceso de producción como exponente del capital» (Marx, 1966: 758). La personificación de las cosas le otorga al capitalista el poder para comprar instrumentos de producción, materias primas, fuerza de trabajo e incorporar toda la materialidad social y biológica que la reproducción implica (Rubin, 1987).

Como insistió recurrentemente Marx desde *La miseria de la filosofía* en adelante, el capital y otras categorías económicas no son reductibles a cosas, sino a relaciones de producción. Pero también se preguntó por qué estas relaciones de producción entre las personas adoptan estas formas material-cosificadas en una economía mercantil. El apropiamiento capitalista del poder y la riqueza adopta la forma de una apropiación de las cosas. En la *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx consigna, al amparo del concepto de presentación invertida de las relaciones sociales de las cosas, la categoría de fetichismo de la mercancía.

La materialización de las relaciones de producción no surge como un hábito sino de las estructuras internas de la economía mercantil, es decir, el fetichismo no es un fenómeno restringido a la «conciencia social» sino producido en el «ser social». Ruy Mauro Marini recibió también la influencia de Maurice Merleau-Ponty en relación a los temas de fenomenología y conciencia. En su escrito sobre la revolución universitaria elaborado en la ciudad de Concepción, se denota ese juego entre conciencia y ser en relación a que este último no solo es condición del primero, sino que se hace constantemente como sujeto histórico, es decir, como punto de llegada.

Es necesario mostrar que la ciencia es posible, que es posible la ciencia del hombre, y que, sin embargo, la Filosofía es también posible. Es necesario hacer cesar, en particular, la divergencia entre la Filosofía sistemática y el saber progresivo o Ciencia (Merleau-Ponty, 1964).

Las investigaciones de la teoría de la dependencia desestructuran los modelos explicativos que tienen un fuerte sentido fetichista de la academia latinoamericana sobre economía, por lo menos en dos puntos sustantivos, en los cuales Ruy Mauro Marini, ya desde antes de *Dialéctica de la dependencia*, venía elaborando sugerencias críticas.

Por una parte, que el atraso de América Latina correspondería a fenómenos sustantivamente internos de sus economías y no a una forma singular de participación de la región en el capitalismo mundializado; y, por otra parte, que sería cuestión de ponerse al día, aumentar la inversión industrial, modernizar la gestión de los asuntos públicos, fortalecer la clase media y subir los salarios reales, para arribar al siempre escurridizo desarrollo.

El cuestionamiento de Marini, y de otros, es que todos estos rasgos significativos de un eventual desarrollo latinoamericano son inalcanzables en términos consistentes por las propias relaciones de dependencia y de superexplotación como elementos orgánicos de nuestros capitalismo. Al confundir los efectos con las causas de la dependencia, las fracciones más dinámicas de la economía regional de esa época equivocan la solución y alteran los términos de realidad del problema, postulando soluciones que tienen un alcance limitado. Notablemente, desde la propia izquierda histórica se produciría en parte el mismo esquema al suponer que era posible, en esas condiciones, un desarrollo solvente sustentado en reformas graduales. Desde luego, y en relación a esto último, el problema no surge en la intención sino desde las posibilidades, las cuales se achicaban con el agotamiento del modelo.

Algunos autores, como Cardoso y Serra (1978), sugieren que Marini sucumbe a una analítica economicista justamente cuando es lo contrario. Ruy Mauro Marini implica y supone en su teoría de la dependencia, y en las categorías en juego, esas luchas de clases, pero desde el ángulo de la economía política, es decir, desde las luchas entre clases y fracciones de clase. Es imposible comprender la noción de superexplotación sin entender que está implicada absolutamente en la lucha entre capital y trabajo, no solamente respecto al salario, sino a las condiciones generales de existencia. Lo que ocurre con Cardoso es que piensa la realidad económica latinoamericana de manera dual, desde una sociología descriptiva y en todo caso sugerente, o desde una economía que poco integra a las luchas sociales en sus propias categorías fundamentales.

El método de investigación difiere del método de exposición en el caso de Marini: primero recoge los datos empíricos, y solamente una vez que esto ha sido evaluado, emprende una reorganización conceptual del material. La forma primaria en que *El Capital* asume un análisis de las categorías básicas de producción de mercancía, con «la unidad

básica», la célula fundamental de la economía capitalista, es frecuentemente citada como un modelo riguroso de pensamiento. El propio Marx inicia su trabajo no partiendo de la noción «valor» sino de un fenómeno más básico, como la «mercancía».

Si, en virtud de planteamientos análogos, se señala el sesgo circulatorio que Marini tenía en sus trabajos, la verdad es que él nunca asume una preponderancia de la circulación por sobre la producción, sino que desde el ángulo metodológico y expositivo se inicia desde la circulación de capitales y mercancías para poder hacer comprensibles las formas de articulación y dependencia de América Latina con la economía mundial.

Es evidente que Ruy Mauro Marini es parte de un colectivo amplio y diverso de intelectuales latinoamericanos de campos disciplinares distintos, como filosofía, economía, historia, antropología, psicología y comunicación social. Sus saberes fueron de origen directo en estudios y análisis de la historia económica y social de América Latina, e indirectos en virtud de las relaciones con políticos y militantes de la región.

La escritura sobre la obra y la persona, el sujeto amplio y complejo que fue Ruy Mauro Marini, implicaría una labor biográfica que está lejos de las pretensiones de estas páginas. Hay rasgos en su vida, opciones y formas de estar en el mundo que solo pueden ser comprendidos desde esa noción ancha y repleta de tejidos históricos que se configura en la de un revolucionario. Imagen que en término de su producción implica millones de procesos y sistemas de relaciones. Concepto que hoy, en virtud de la cultura liberal, es cercenado de su lógica de fondo y localizado en lo excéntrico e imposible.

Sus pasiones de la vida, su forma de entender el pensamiento desde la teoría y la cultura, no son posibles de captar en sus singularidades sino alrededor de otra realidad, mirando desde el futuro, desde una resignificación de la dignidad y la riqueza humanas. En ese sentido, también Ruy Mauro Marini es profundamente tributario del marxismo clásico en ese afán de congregar teoría, pasión y política en sus análisis, los que jamás se alejan de los ritmos de los imperativos libertarios. El énfasis en el análisis desde la economía política se distancia de las críticas más románticas a la opresión y, desde luego, es completamente distinto de la ilusión de eternidad que las escuelas liberales tienen impregnada en su piel frente al sistema capitalista. Para su en-

foque, una crítica al capitalismo existente sin crítica de su economía política es frágil y caritativa, disponiendo de poca solidez para modificar la realidad histórica.

Analizar el capitalismo en sus diversas fases de producción, circulación y acumulación es un esfuerzo que también aporta a superar la sociología descriptiva de corte moralizante, y así integrar al marxismo actualidades de la crítica de la economía política dentro de los patrones del capitalismo de mediados del siglo XX. Recordemos que la posmodernidad, como filosofía política, intenta borrar la noción de sujeto histórico ilusionada en nuevos espacios sociales que se abrirían para un sujeto singular e individual alejado de la noción en uso de gran relato. Esta versión posmoderna de la libertad, hoy en declive, no superó el marxismo clásico y se transformó en una teoría blanda de conceptos que no se encuentran con el proceso histórico en curso, como ha ocurrido con los miles de usos de la noción de imperio (Bensaïd, 2006). La izquierda posmoderna también quiso diluir la noción de trabajo sustentada en el capitalismo, y por ello quedó atrapada en una relación de sujeto impotente frente a la historia humana. Por su parte, la izquierda tradicional no analizó los efectos que tenía para su propia consistencia la acelerada y profunda mundialización de las relaciones sociales capitalistas y la situación de superexplotación que ya no era parte solo de las economías dependientes sino que se extendía a todos los lugares del planeta.

En momentos en que la noción existencial de revolucionario renace luego de sufrir el hostigamiento cínico de quienes asumen las miserias actuales como lo real definitivo, al tiempo que la teoría con sus rigores y vuelos se ha intentado trivializar detrás de montañas de banalidades entregadas como elaboración seria, las páginas de Ruy tienen ese ritmo de develar lo que se mueve detrás de lo aparente y redefinirlo en tesis que no se agotan en sus fueros internos, sino que invitan a actuar y a hacer, gestando realidades abiertas y progresivas.

Varios de sus planteamientos tendrían que ser situados en el claro clima histórico donde fueron generados, como ocurre con el *Estado del cuarto poder*, categoría que sin embargo insinuó algo que hoy, desde los trabajos de un Giorgio Agamben (2004), parece ganar en complejidad y actualidad con la tesis del *Estado de sitio* contemporáneo. El *Estado del cuarto poder* se refería a la hegemonía directa en uso de la fuerza material contra lo anticapitalista. Los trabajos de Agamben postulan la cri-

sis orgánica que tiene el orden democrático actual no como fenómeno pasajero, sino como rasgo de época.

El modelo general de la dependencia y la superexplotación de la fuerza de trabajo ha sido confirmado por la evolución general del sistema capitalista mundial y sus formas productivas actuales sustentadas, donde parecen sintetizarse todas las formas precedentes de explotación en medio de una mundialización que configura arquitecturas de dependencia entre regiones, países y, más recientemente, al interior de cada país. La teoría de la dependencia no es un modelo geopolítico que se sitúa en el Estado, sino una forma de comprender las configuraciones con las cuales el capitalismo, en tanto sistema histórico, vertebra respuestas a su ya larga crisis, y consolida su dominio.

En todo caso, los modelos de análisis de Ruy Mauro Marini no se configuran desde alguna dogmática, y menos desde el afán de ser completos y cerrados. Aluden a un marxismo abierto que debe poner recurrentemente sus instrumentales a prueba. La historia social de la humanidad no se detiene; es más, sus ritmos se aceleran singularmente, obligando al pensamiento anticapitalista de diverso origen a reajustarse constantemente.

Si bien hay continuidades evidentes en sus pensamientos, es claro que sus escritos últimos se abren apuntando hacia el siglo XXI la necesidad de reinterpretar la saga de la revolución socialista en el siglo XX. En un momento en que la crisis general de la Europa del Este y de la URSS genera un nuevo ciclo histórico de la humanidad y las condiciones teóricas para un relanzamiento del capitalismo. En algunos meses que Ruy Mauro Marini pasó en Chile hacia el año 1991, su preocupación era la de trabajar sobre las diferencias entre revolución política y social en la historia del movimiento obrero mundial, así como en una crítica a los mecanismos de planificación central en las sociedades en transición.

Los borradores sobre esto y las pláticas con el grupo de Cuernavaca¹ insinúan la generación de hipótesis de trabajo respecto a la crisis de la Unión Soviética y, por otro lado, a las nuevas hegemonías social-

1 Este núcleo de pensamiento revolucionario se constituye en México en 1980, en la ciudad de Cuernavaca, que fue su frecuente lugar de conversación. Está compuesto por Juan Carlos Marín, Nuria Fernández Espresate, Manuel López Mateo, Nelson Gutiérrez, Ruy Mauro Marini, Patricio Rivas y varios cuadros de formación científica e intelectual que van aportando diversos modelos epistémicos a lo largo de aproximadamente diez años.

demócratas y de centro derecha en América Latina. Esto último configuraría un tipo de democracia de pactos y consensos por arriba de la pirámide social y política, excluyendo todo tipo de disidencia real en marcos donde los derechos sociales que habían sido parte de las luchas populares de décadas anteriores y de los períodos dictatoriales son redefinidos regresivamente. En una entrevista realizada en la revista chilena *Debate y cambio*, Ruy Mauro Marini enfatiza:

No hay que sorprenderse demasiado de que el socialismo haya entrado en la historia de una forma no acabada [...]. Si hacemos una analogía con la historia de las revoluciones burguesas, queda claro que el socialismo tendría que ser imperfecto, tendría que sufrir el impacto de las condiciones históricas y de los procesos de lucha de clases, tendría, por sobre todo, que reflejar el hecho que se constituía en un mundo dominado por el capitalismo. [...] Para entrar en su actual fase de desarrollo, el imperialismo necesitó derrotar al movimiento obrero y a la izquierda europea, en la segunda mitad de los setenta [...]. En América Latina, gestar una redemocratización en moldes que acabarían por favorecer la hegemonía burguesa. El desarme teórico-ideológico resultante favorece en todas partes las oleadas de oportunismo a que estamos asistiendo (Marini, 1991).

Los trabajos de Ruy Mauro Marini y sus aportes sobre la teoría de la revolución, como él señala en su «Memoria», fueron quemados por los soldados de Pinochet; sin embargo, de las actas y escritos del comité central del MIR (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria) chileno, así como de las elaboraciones que aportó el pensamiento de Miguel Enríquez (1998), secretario general de esa organización, se puede extraer una idea de la revolución y el socialismo como un proceso histórico que no irrumpe como un acto cronológicamente limitado, sino como la construcción de otra forma social de los productores directos. Las elaboraciones en las políticas de doble poder, gestión obrera de la producción, reforma agraria y universitaria, hoy dispersas, se encuentran en las actas de trabajo de esta organización.

La revolución social genera en su propia dinámica los saberes imperativos para realizarse y consolidarse. Existiría un largo ciclo de acumulación y producción de fuerzas sociales y políticas que debe transitar por logros y reveces, un período o momento más breve en el tiempo de decisión del poder, y otro mucho más complejo de consolidación; esta no podría lograrse sin la revolución en un país en concreto y sin generar efectos en otros territorios que, desde sus propias historias na-

cionales y en virtud de sus propias demandas, no asuman un camino análogo. La victoria puede ser nacional y localizada, pero se requiere, aludiendo a Marx, de una situación internacional que la consolide.

Refiriéndose al caso chileno en los años 1969-1973, lo que Ruy Mauro Marini observa es la descomposición de un patrón de acumulación de capital que genera una oportunidad revolucionaria que puede o no culminar en una victoria; por esto, comienza a elaborar su propuesta de un período revolucionario prolongado en el tiempo que inevitablemente llevará a la definición por la fuerza de su destino. Así, la unidad de los diversos partidos y fracciones revolucionarias se transforma en condición que remite a la calidad de dirección política y estratégica en medio de los giros que la propia lucha política impone (Marini, 1973b).

Conviene detenerse brevemente en la noción de sistema de dominación que Ruy pone en juego. Este no se agobia en el modelo político institucional sino en la rearticulación de clases y fracciones sociales, que produce el agotamiento del modelo de acumulación, el cual permite la victoria del gobierno popular de Salvador Allende, el 4 de septiembre de 1970. Un sistema de dominación vincula un patrón de acumulación en complejas arquitecturas de alianzas políticas que no cortan a la sociedad en dos, sino de manera transversal; y una ideología en juego que abarca desde la idea de desarrollo interno hasta y frente a la inminencia de una resolución revolucionaria de la seguridad interior y la contrainsurgencia.

Así, la figura que más rigurosamente alude a estas observaciones es el análisis de las estrategias de clase que confrontan sus sistemas de alianzas, sus tácticas y sus personificaciones de dirección, configurando campos de lucha al interior de los cuales se verifican pugnas y unidades de objetivos históricos clasistas.

2. Las alamedas de Ruy

Las personalidades y sus biografías fraguan en el tiempo las sensibilidades y los lugares desde donde se produce un pensamiento. Ruy tiene una relación sensible con su época y con los temas no solo políticos que la constituyen; desde este ángulo, responde a una cultura que durante las décadas del siglo XX conformaron el concepto de cultura revolucionaria. Abierto a la ciencia y al arte, e influido por su formación,

observa con avidez el clima que de distintos ámbitos anuncia de manera sensible un nuevo período donde lo popular emerge como potencia creativa.

Por momentos, sus comentarios se situaban en el cine, la filosofía o el fútbol; en la literatura, singularmente en la mexicana, chilena y argentina, ya que existía agudeza en la descripción de los personajes y las situaciones, en sus rasgos psicológicos e históricos. Sus aportes a la comprensión de las nociones de creatividad y cultura en los marxismos históricos se entregaron a las reflexiones siempre difíciles entre cultura y política en la izquierda. Las aproximaciones críticas a los aportes de György Lukács y Anatoli Vasilievich Lunacharski se expresaban entre café y café en su apartamento de la calle Pedro Valdivia. Sus amplias amistades no se reducían a la política, se tejían con artistas y creadores. En ese pequeño apartamento, agrupó jóvenes que, al amparo de su orientación, leían *El Capital* con densidad y delicadeza. Cada página era sembrada de preguntas e implicaba nuevas lecturas de otros textos, en un juego de saber que iba sembrando rigor.

Cada rasgo biográfico de sujetos como Ruy no es reductible a unas tipologías que complete y relacione lo evidente con lo profundo. Menos en una época en que las opciones que cada uno toma frente a la vida individual y social se verifican con ritmos acelerados y en muchos momentos de escenarios abiertos; en este caso, entre academia y militancia, entre estar en partidos institucionales en el gobierno y organizaciones revolucionarias, particularmente para un exiliado de una cultura cotidiana muy alejada de los formalismos chilenos.

Había un Chile que le apasionaba por el nivel y profundidad de su lucha política, y otro que lo distanciaba por la formalidad y distancia con los aspectos más sensuales que la existencia humana contiene. Pero ese Chile ya no era el lugar del orden, y menos de la rutina de unos formatos configurados en costumbres rigoristas y en extremo disciplinarias, incluida la vida de izquierda.

En México supo del poder como amenaza amable de un PRI (Partido Revolucionario Institucional) que sabe hacer sin que se note; y en Chile, del poder como respeto supersticioso de las instituciones de sus prácticas y liturgias. De alguna manera su formación tuvo tres improntas de lo latino: la brasileña por su origen, la mexicana como el lugar de larga lejanía de su tierra, y la de Chile como ese espacio donde la revolución en un sentido muy clásico estuvo cerca en medio de la amistad y

militancia diaria; y casi siempre impregnado de su formación francesa rigurosa en el orden del discurso y economía en la extensión de la frase.

En ocasiones regresaba sobre su lectura de la *Lógica* de Hegel en París, influida notablemente por la fenomenología y la comprensión del hombre elaborada por su profesor Maurice Merleau-Ponty, maestro que lo introdujo en la teoría crítica francfortiana. Al examinar uno de sus textos más importantes (Marini, 1973a), se siente esa cadencia de escribir comprimido, ahorrando explicaciones donde la formulación final se sostiene en términos de lógica interna a nivel de formulación, tesis y demostración.

Pero él reúne como pocos la adscripción por la militancia activa que nació en su participación en las luchas de la izquierda brasileña. Allí, su mirada no se queda solo en el plano del análisis o la reflexión: se extiende hasta la participación militante en orgánicas políticas de la Organização Comunista Política Operária (POLOP) en su país, y luego en el MIR chileno desde 1969 en la Universidad de Concepción, lugar fundacional de ese movimiento.

Este estilo analítico, no frecuente en América Latina según el propio Ruy Mauro Marini, produjo algunos malos entendidos y generó debates que lo obligaron a profundizar sobre propuestas y reflexiones, particularmente frente a Fernando Henrique Cardoso. Desde luego, esto no fue un mal entendido, fue una diferencia sustantiva en toda la línea entre el modelo analítico de Ruy Mauro Marini y la acusación de «circulacionista» de la cual fue objeto.

Recordemos que a fines de 1978 en París, en una amplia reunión de intelectuales revolucionarios —luego de que Ruy señalara la fuerza y dinámica del modelo de acumulación de capital implementado por los *Chicago Boys* chilenos (conducidos en ese momento por el ministro de Augusto Pinochet Jorge Cauas, que implantó la política de *shock*)— se produce una dura respuesta de André Gunder Frank: él señala que a Ruy Mauro Marini «hay que defenderlo de sí mismo».

La anécdota no oculta el fondo del asunto de la racionalidad capitalista y modernizadora del patrón de acumulación impuesto por las armas en Chile, que podía lograr reconvertir la larga crisis del capital dependiente en ese país en una nueva forma de reproducción ampliada del capital, pasando de una configuración sustitutiva a otra exportadora de materias primas sobre bases tecnológicas y de gestión eficiente. Desde luego, esto implica no solo la superexplotación del trabajo,

sino también la concentración del capital en la fracción exportadora, y la clausura de los derechos políticos y laborales sobre la gran mayoría de la población. Esta fracción se sustenta en una alianza entre el gran capital, la alta oficialidad de las fuerzas armadas y una intelectualidad ultra liberal en lo económico y conservadora en lo cultural, formada en gran medida en la Universidad Católica de Santiago.

La dura polémica que desata Gunder Frank resulta comprensible desde el ángulo de las dinámicas de pensamiento de muchos intelectuales de izquierda en ese período, que aludían a que la desindustrialización de las dictaduras del Cono Sur no lograría, ni económica ni políticamente, niveles de éxito que las sostuvieran en el tiempo.

Esa forma de acumulación imponía un Estado militar que más adelante Ruy Mauro Marini caracterizó como de «el cuarto poder», en alusión al rol protagónico de las fuerzas armadas y de contrainsurgencia por la relación autoritaria y represiva, para asumir la relación con la sociedad en su conjunto; esta forma de Estado no sería permanente pero tampoco breve, como suponían las nociones clásicas de Estado de excepción.

El intento teórico de Ruy Mauro Marini en esa ocasión es amplio y se desplaza en tres ámbitos: establecer las relaciones entre crisis mundial y ciclo económico en América Latina; resaltar las amplias singularidades de la región y algunos de sus países en esa dinámica; y sugerir modelos de acción estratégica de los revolucionarios. Pero esa crisis profunda y larga no implicaba de suyo la victoria de la revolución, como fue en la visión simplificadora del derrumbismo de izquierda de la década de 1920.

En Marx no hay una alusión a que el socialismo sea un seguro estadio de la humanidad; el capitalismo ha mostrado capacidades de resistir a sus propias crisis notables, a pesar de que tiene límites históricos no rígidos. Este aspecto fue parte de las reflexiones de Ruy Mauro Marini durante la escuela de cuadros de lo que sería luego la Junta Coordinadora Revolucionaria del Cono Sur (JGR), en Chile, en los alrededores de Santiago en 1972. Esta junta revolucionaria agrupó en un intento de coordinación muy amplio al PRT (Partido Revolucionario de los Trabajadores) de Argentina, al ELN (Ejército de Liberación Nacional) de Bolivia, a los Tupamaros de Uruguay y al MIR Chileno, y, como se sabe, sería uno de los factores que precipitó el denominado Plan Cóndor en el Cono Sur del continente. Aunque la coordinación represiva

provenía de antes, la JCR emergió como un riesgo para la estabilidad de las dictaduras en los imaginarios de los altos mandos de las fuerzas armadas.

En América Latina en esos tiempos, los términos de formación de las izquierdas y la amplitud del campo popular configuran condiciones de resistencia y recuperación que hacen posible levantar las tareas democráticas amplias como parte de la lucha socialista y de clase.

En Ruy Mauro Marini, su forma de definir la lucha armada no se ubica desde la exterioridad del movimiento democrático, cuyo sentido nace de la brutalidad de los regímenes militares en la defensa de sus territorios sociales y políticos. Estudió junto a Vania Bambirra y Theotônio Dos Santos la trama de la lucha armada en América Latina, al tiempo que advertía contra los giros militaristas y burocráticos de izquierda que períodos así pueden gestar.

El análisis de Marini y Bambirra, expresado en un desaparecido texto que se denominó *Diez años de insurrección en América Latina* —que agrupaba a varios autores que realizaban análisis específicos sobre las posibilidades de estas formas de luchas, sus riesgos y perspectivas— se puede condensar en la idea de que había existido un primer ciclo de lucha militar de la izquierda en el continente, cuyo éxito fundamental fue la Revolución Cubana, y simultáneamente un conjunto de iniciativas que fueron sofocadas por los aparatos armados del Estado.

Al no contar con el apoyo amplio y sostenido de la población, ese primer ciclo sufre un giro con los Tupamaros en Uruguay, que entre 1969 y 1973 logran establecer niveles de lucha con amplio apoyo social, y que serán contenidos por el golpe militar en este país, en marzo de 1973. La experiencia tupamara se sostenía en su relación con el movimiento popular en un delicado y siempre agudo manejo de la violencia.

En el caso chileno, el apelar a la formación de una fuerza militar popular hacía referencia a un enfoque político cuyo epicentro era la política de poder popular y de comandos populares de trabajadores, es decir, se realizaba como política militar de masas y a la defensa del gobierno popular de Salvador Allende (Marini, 1973b). En el caso uruguayo o chileno, el ejercicio de la violencia no emergía por fuera de la realidad social y los niveles de conciencia posibles desde esa época; los golpes militares en Uruguay y Chile sustentaron desde las lógicas populares el imperativo de la formación de un poder material del pueblo, pero en ambos lugares el ejercicio de la violencia de Estado y la contra-

insurgencia primero cercó y, luego, debilitó orgánicamente la factibilidad de la victoria, aislando a los partidos revolucionarios de los movimientos populares, y aniquilando a los cuadros sociales, políticos e intelectuales que dotaban de sustentación real a estas estrategias.

Si se examinan los trabajos (la mayoría de ellos de circulación restringida) a través de los cuales Ruy Mauro Marini postula el complejo tema de la lucha armada de izquierda, se deben resaltar tres aspectos distintivos:

En primer lugar, esta no resulta de la voluntad de una vanguardia —por más esclarecida que puede llegar a ser—, sino de la adscripción de amplios sectores sociales a su necesidad para defender las conquistas y las vidas de los suyos. Por otra parte, se trata de un recurso que es impuesto por la naturaleza violenta que alcanzan los conflictos sociales en ciertos períodos, y no como una forma de acortar caminos o de dotar de ejemplos magníficos al propio campo popular. Por último, responde a una estrategia de poder alternativo al Estado del capital en momentos en que los recursos más frecuentes para acumular y formar fuerzas revolucionarias se topan con la decisión de genocidio de las élites dominantes.

También por ello se preocupó en esa compleja dualidad de alianzas amplias y autonomía de la izquierda revolucionaria. Autonomía que no debe ser comprendida —y en esto nuevamente se puede observar una vertiente leninista muy pensada— como un afán sectario que se sostiene casi siempre en el reflejo de que la razón se vincula a la pureza del propósito.

Todo proceso histórico desde el campo de izquierda, para lograr avances y victorias, debe lograr el establecimiento permanente de políticas de alianzas y entendimientos, incluso con aquellas fracciones sociales cuyo propósito no es la revolución sino una transformación gradual. La autonomía supone poder establecer y construir todos estos entendimientos desde el plano de la centralidad de los objetivos socialistas.

Ninguna revolución es pura ni en su composición ni en sus programas: todo giro histórico radical implica asumir intereses muy diversos que son articulados desde la lógica de los niveles y propósitos de quienes lo componen. Las revoluciones reales son alianzas de clases y no una lucha polar diseccionada en la pureza de algún esquema entre opresores y oprimidos.

Recordemos que la victoria de la Revolución Sandinista, en el año 1979, reactualizó la opción de izquierda revolucionaria y precipitó debates sobre formas de lucha, alianzas y modelos de transición al socialismo.

Razonemos que esta victoria en Centroamérica fortaleció la lucha en El Salvador y Guatemala, configurando con Colombia y Chile un arco de reactivación de procesos sociales y políticos de izquierda. Nicaragua emerge como la segunda revolución socialista en América Latina, sostenida en amplio movimiento social y político que abarcaba desde fracciones de pobres del campo y la ciudad, hasta sectores pudientes.

Al crearse esta situación, los modelos de contrainsurgencia se sustentaron en una doble estrategia: por una parte, desarticular a las fuerzas revolucionarias y, por otra, generar condiciones para soluciones pactadas que impidieran el avance de la revolución y diluyeran la radicalidad del proceso histórico en marcha. En medio de la Guerra Fría, estas luchas irrumpían como amenazas para las relaciones de fuerzas internacionales de los centros de poder mundial. Amparada en los modelos de transición de las dictaduras de Europa del Sur (en Grecia, Portugal y España), se aplicó en nuestra región una política de contención y dispersión de lo que era el campo de la izquierda radical.

Ruy Mauro Marini, singularmente en sus artículos del órgano interior del comité central del MIR chileno, comienza a advertir sobre la solución socialdemócrata a la lucha latinoamericana y la necesidad de que las organizaciones revolucionarias se preparen para un ciclo que no estaría marcado por la victoria socialista sino por complejos procesos de transición que sitúan nuevamente a la lucha social y de masas como la forma principal de transitar en ese período, manteniendo la autonomía política y realizando la fuerza moral y social acumulada en décadas de duro conflicto.

Este giro implicaba un cambio en el eje de gravedad de la situación y la necesidad de configurar fuertes y ancladas organizaciones revolucionarias que dotaran de continuidad los objetivos trazados, pero en un marco completamente distinto a los períodos más violentos, ya que ahora había que legitimar socialmente lo realizado y levantar un programa alternativo frente a las fuerzas liberales y de centro que buscaban imponer sus propias formas de regreso a la democracia.

Contemplemos que las formas políticas en América Latina estuvieron concurridas en el siglo XX por régimen de fuerza, pero en el caso de las dictaduras hay una relación muy estrecha entre tres factores:

el agotamiento del modelo económico y político denominado de sustitución de importaciones; una respuesta orgánica a la fuerza política y moral de la izquierda y el campo popular; y por último, una articulación con el ciclo de la economía mundial en crisis desde 1973 o quizás antes. Por ello, las dictaduras no fueron un gesto inusitado de las clases dominantes sino el mayor intento de reconversión capitalista durante el siglo pasado en los países donde se produjeron. Una vez terminado el programa de extrema violencia y de terrorismo de Estado, se hacía necesaria una solución de paz por la fuerza y de expropiación de lo que se había gestado en las filas populares.

Retomando lo señalado en párrafos anteriores por André Gunder Frank, la posición de izquierda se sitúa en una rigurosa crítica a las bajas de aranceles, la apertura al mercado mundial y sus efectos sobre las industrias nacionales, y el achicamiento de los mercados laborales clásicos. Todo eso puede aparecer como el fracaso de la economía del golpe militar, cuando en verdad era el inicio de su reorganización radical. Esto no debe suponer que ese modelo exportador no contenga sus propias tensiones estructurales, que se harán evidentes con la crisis de la banca en Chile a principios de la década de los ochenta.

La mirada de Ruy se basa en la construcción de un nuevo capitalismo dependiente. La de Frank, en las miserias materiales que ese modelo gesta para situarse como opción solvente. El modelo chileno se amplificará hacia la región sin dictadura durante las décadas siguientes. Pero, en la gran mayoría de los casos, con democracias limitadas y de manera más gradual, conociendo fracasos relevantes en Venezuela y Ecuador. Si bien las dictaduras fueron más brutales en aquellos países donde la estabilidad capitalista estaba en mayor riesgo, los experimentos neoliberales del Cono Sur anunciaban un giro dramático en todo el orden político latinoamericano.

El énfasis de Ruy Mauro Marini, de Juan Carlos Marini, de Tomás Vasconi y del propio Gunder Frank a principios de la década de 1980, en diálogo con Samir Amín y otros intelectuales de la izquierda internacional, era entender, desde la acumulación de capital, los giros políticos y de soluciones de centro en América Latina; cómo se abre una nueva etapa de la lucha popular para la cual existían pocos estudios puestos al día y, en todo caso, se sostenían en un movimiento popular y revolucionario que había sufrido considerables exterminios como resultado de la muerte, la desaparición y la represión. Se trataba del es-

fuerzo por pasar de lo que se denominó en Argentina, Uruguay y Chile «la resistencia a las dictaduras», a un modelo de alianzas más amplias y de reagrupamiento de fuerzas. Y de eso se trataba, de resistir y reorganizar los procesos, o reemprenderlos también desde la recuperación de la memoria, como lo hizo Marini en una recopilación de trabajos suyos y apuntes de antes y después de la dictadura chilena, en el texto *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*, firmado en este caso como Carlos Mistral, que en el prólogo señala la urgencia de trabajar sobre los episodios:

Como la necesidad de pensar críticamente la experiencia chilena es algo imprescindible y urgente, hemos optado por su publicación. La redacción inicial la hemos dejado tal cual, sin alterar ni siquiera una coma. Por un lado, pensamos que puede ser útil recoger una evaluación hecha antes del golpe militar, en la medida en que refleja —sin duda con matices personales— la forma en que no pocos sectores visualizaban el curso del proceso (Mistral, 1974).

El éxito de lo anterior dependía en grado considerable de la capacidad de asumir el nuevo período sin la victoria duramente buscada, y comprender que no se trataba de un repliegue en los objetivos históricos sino de una adecuación a nuevos términos de lucha que, si bien eran impuestos, en ningún caso hacían a la lucha misma imposible. Por ello, a inicios del año 1991, en un seminario con la presencia de Marini y Vasconi, se regresa en Chile al propósito de reordenar los datos globales que dibujan las luchas populares y a relacionarlos con el éxito de refundación del capitalismo del Cono Sur desde una mirada de economía política de izquierda.

Así, nos resituaron en el esfuerzo de Carlos Marx por hacer comprensibles las leyes que explican los fundamentos y la evolución del capital; es decir, su surgimiento, estabilidad, crisis y decadencia. El modo capitalista de producción, su formación histórica, está regulado por fenómenos singulares y específicos que le son propios y deben ser explicados desde su lógica interna. Puede todo esto ser comparado desde la larga historia de la explotación y el dominio, buscando rasgos semejantes en las diversas formaciones sociales de clases.

Pero esto no diluye la naturaleza específica de la sociedad capitalista: el saber sobre ella implica esa relación siempre difícil entre modelos teóricos y despliegue material del capital, el cual está impregnado de contradicciones internas en cada momento de su ciclo reproductivo de acumulación, que deviene de la propia especificidad del capital co-

mo movimiento económico y, desde luego y en cada situación, de las luchas entre el capital y el trabajo. Lo que ya estaba ocurriendo es que se ingresaba a un período de expansión sustentado en la victoria política de la derecha y el centro del Cono Sur latinoamericano.

En las primeras páginas de la *Dialéctica de la dependencia*, Marini señala con sentido crítico que el investigador latinoamericano

... ha incurrido, por lo general, en dos tipos de desviaciones: la sustitución del hecho concreto por el concepto abstracto, o la adulteración del concepto en nombre de una realidad rebelde a aceptarlo en su formulación pura (Marini, 1973a).

Respecto a lo primero, la relación, la complejidad y dinámica se configuran en formalizaciones que separan lo abstracto de lo singular y concreto, girando en conceptos sin procesos o en datos sin teoría. En relación a lo segundo, la apertura teórica se hace sin teoría para caer en un eclecticismo sin territorio ni sujeto político autónomo.

Desde principios de la década de los noventa del siglo pasado, algunos de nuestros pensadores se desplazan entre unas filosofías políticas blandas que no refieren a procesos sociales en curso o entre tesis de actualizaciones que más bien son abandonos innecesarios y gratuitos a un socialismo redistributivo que no afecta ni las condiciones de reproducciones de capital o de poder en América Latina.

Se suele señalar, como ya indicamos, que hay aportes que perduran a la prueba del tiempo. En este caso, el capitalismo mundializado del siglo XXI, sus diversas formas de explotación del trabajo humano, que implican desde las formas regulares de extracción de plusvalía hasta la superexplotación (que no es solo parte de las economías periféricas, sino que, como articulación constante en los propios centros del poder y la riqueza, son sus ámbitos de pobreza, exclusión y superexplotación).

De alguna forma, hacia fines de los ochenta y principios de los noventa en el Cono Sur, las últimas elaboraciones de Ruy Mauro Marini referidas a este período se esforzaban por recapitular no solo desde el contenido, sino desde la metodología, la necesidad de establecer un estudio entre los nuevos términos de la dependencia y las formas políticas y estatales que esta estaba asumiendo, con Estados y gobiernos que se abrían a los procesos democráticos de manera limitada y mantenían las bases de las formas de extracción de plusvalía que habían conquistado las dictaduras.

3. La centralidad

Lo que en todo caso importa para nosotros, es que la interpretación de Ruy Mauro Marini del capitalismo y la revolución latinoamericana resulta, de varias fuentes sintetizadoras, una crítica a las teorías del desarrollo tradicional y secuencial, así como a la tradicional analítica del comunismo respecto al origen feudal de la formación económica de nuestros países. Pero convengamos que siendo lo anterior significativo, lo nuclear de Marini radica en su modelo de la dependencia y la superexplotación de fuerza de trabajo. En localizar esa dependencia como parte de la acumulación a escala mundial y no como una distorsión circunstancial o local del capitalismo dependiente.

Esto resulta de una lectura actualizada del tomo primero de *El Capital* y del inédito capítulo sexto, pero también de un uso teórico original de ese aporte. No se trata de pesquisar las fuentes primarias de los aportes de nuestro autor, sino de situar el contexto cultural que lo configura y es reconocido por él en un texto que deja silencios y supuestos frente a un Brasil a principios de los noventa que intenta borrar la memoria y el aporte de algunos intelectuales incómodos para los núcleos de mandarines universitarios o de políticos detractores que prefieren la exclusión.

Ruy Mauro Marini vivió el cerco intelectual de sus pares y la amistad permanente de sus más próximos en el regreso a su país de origen. Recapitulemos que su trayectoria en México, luego en Chile y su posterior regreso a México, ensambla etapas de formulación teórica muchas veces forjadas en cortos tiempos, impelido por sus compromisos militantes singularmente en el MIR chileno, primero como militante a cargo de la comisión nacional de formación política (entre 1970 y septiembre de 1973) y luego como miembro de su comité central (desde octubre de ese mismo año y activo organizador de su comité exterior de México DF).

El respeto que experimentó en estos períodos fue amplio y reconocido, y seguramente el regreso a su querido Brasil dejó huellas de soledad que solo en sus últimas conversaciones y en parte en su biografía se insinúa.

Con la amnistía política, en 1979, su actividad se divide entre México y Brasil; pero en 1984 vuelve definitivamente a su país. El regreso le reservaría, entre tanto, muchos sinsabores. Entre ellos, el surgimiento de una intelectualidad comprometida con la gestión liberal, basada en la economía implementada por la dictadura y el aislamiento del debate latinoamericano 1960-1970; la monopolización de los medios de comunicación y la lentitud en la remoción del residuo autoritario, que le restringen fuertemente el espacio de actuación. Entre los proyectos a los que se dedica en el período de su establecimiento en Río de Janeiro, están: la organización de un centro de estudios nacionales en la Universidad Estadual do Río de Janeiro (UERJ), iniciativa del entonces vicegovernador Darcy Ribeiro, que fracasa por la resistencia interna de la universidad; la organización de un curso de graduación en administración pública en la Fundação Escola de Serviço Público do Río de Janeiro (FESP-RJ), no efectivizado en razón de la oposición de Moreira Franco que, en la estela del efímero proceso del Plan Cruzado, ganó la sucesión al gobierno Brizola; y la organización de cursos de posgraduación en la FESP-RJ, bajo la dirección de Theotonio dos Santos, durante 1982-1986 (Martins, 2008: 13).

A su regreso a México después de Chile, en 1973, luego de un azaroso periplo de exiliado por el Panamá de Omar Torrijos, se encuentra en la capital azteca con amplios grupos de apoyo a la resistencia chilena y espacios intelectuales como el que genera la editorial Era, y singularmente Neus Espresate, directora de esa editorial que signaría las lecturas de izquierda en toda la región por más de tres décadas. En ese país, es miembro del Comité Editorial de la revista *Cuadernos políticos*², que se reunía cada lunes entre las 19 y las 23 horas en la calle Dulce Oliva 66. Este fue un rico espacio de exiliados y militantes de horas de conversación y creación de Centroamérica, del Cono Sur, así como de personajes como Jaime Bateman Cayón, o de intelectuales como Ernest Mandel.

Esos lugares para Ruy Mauro Marini *el maestro*, o Luis Cerda, como se le conocía en la sección exterior del MIR, eran propicios para orientar estudios e investigaciones que sometieran a veces a la prueba de los datos, otras al análisis teórico e histórico, sus sugerencias. De forma evidente, la sobriedad intelectual de Ruy correspondía al respeto en la investigación de los procesos del capital y la revolución. Incluso la claridad de sus textos y brevedad tenían que ver con su tradicional estilo.

2 Consejo editorial, octubre-diciembre de 1986: Bolívar Echeverría, Neus Espresate, Olac Fuentes, Rubén Jiménez Ricárdez, Asa Cristina Laurell, Héctor Manjarrez, Ruy Mauro Marini, Carlos Pereyra.

El ambiente teórico del MIR se fraguó como un lugar propicio para el pensamiento revolucionario en esta organización: allí se congregaron decenas de intelectuales regionales y mundiales, como señala el propio Marini. Tomas Amadeo Vasconi, André Gunder Frank, Juan Carlos Marín, Emir y Eder Sader, entre varios otros. Todo esto, en un plano nacional de luchas de ideas cuyo resultado político, sin ser directo, era casi siempre evidente.

El siglo XX corto de América Latina, analizando la heurística imagen de Eric Hobsbawm, estuvo repleto de magníficos avances desde las revoluciones mexicana de 1910, la cubana de 1959, las guerras revolucionarias en Nicaragua y El Salvador, los triunfos populares en Chile en 1970 y los grandes movimientos populistas en México con Lázaro Cárdenas, en Argentina con Juan Domingo Perón, y en Brasil con Getulio Vargas, entre otros.

Nuestras tierras han vivido su destino como algo provisional, sujeto a luchas muy amplias y profundas entre las dominaciones más brutales y los intentos magníficos de libertad. En estas luchas han emergido creadores de diversa naturaleza y mirada, así como interpretaciones originales de las condiciones materiales que configuran en márgenes amplios, pero jamás absolutos, lo que nos ocurre.

El intelectual latinoamericano de anclaje y efecto político, ha estado desde el siglo XIX en la geografía de la política, ha estudiado lo social con rigor, para aportar a las acciones en curso de fuerzas que no siempre comprendían la trascendencia del pensar, la acción y la realidad. En algunas ocasiones se le pedía ser escribano justificador de lo que se hacía, pero también a partir del siglo XX irrumpió una originalidad: la de situarlo como un factor clave del rigor de lo político.

Sabemos que el rigor analítico es indispensable de la acción racional. Pero no se levanta como garantía de éxito de los esfuerzos libertarios: estos dependen de procesos susceptibles de ser vistos y comprendidos, y de otros que concurren en correlaciones de pronto en extremo complejas o influidas más por el azar que por la voluntad. Este intelectual del siglo de las luchas obreras articula relaciones entre pensadores, artistas, cuadros políticos y amplias gamas de opinión pública. Produce escritos y modelos de estudio que alteran las condiciones de reproducción intelectual del dominio del sentido común o de pura trivialidad aportada tras los formatos de saber común.

Se hace distinto a los manuales de uso de las izquierdas históricas esculpidas en la contrarrevolución teórica de los estalinismos, cuya base de análisis se congeló en un positivismo epistémico consignador de lo que hay y ocurre. Este intelectual resulta del debate de izquierda de la posguerra y del estudio del pensamiento latinoamericano, también, sin duda, de las publicaciones de escritos desconocidos de Marx y de investigaciones históricas, políticas, filosóficas y sociológicas que intentan comprender el capitalismo tardío, sus ciclos y formas políticas (Rolsdolsky, 1983), no como la suma de partes autónomas, sino diversas y contradictorias, pero parte de un fenómeno general, el del capitalismo mundial.

El golpe militar en marzo de 1964 en Brasil implica un giro desde las fracturas institucionales de corto alcance hacia modelos refundacionales de modernización capitalista, las cuales serían más represivas justamente ahí, donde las luchas autónomas de izquierda llegaron más lejos, como eran Uruguay, Argentina, Chile y Brasil. Esto no implica que el resto de los países no sufran el despliegue de un liberalismo salvaje, antes al contrario: entre 1980 y 2000, todos los países de la región sufren ajustes estructurales, pero el ritmo de la lucha de clases nacional y mundial se hace singular en cada territorio. Brasil, por su peso geopolítico y los afanes de poder regional de sus grupos de poder, inaugura un ciclo de nuevo capitalismo regional basado en el descenso del salario real, el aumento de la productividad y el aumento de la inversión tecnológica en los sectores claves.

Desde luego cada país, incluidos los mencionados en el párrafo anterior, tenía no solo singularidades, sino también campos ideológicos e históricos que configuraban la apertura de refundación capitalista. En el caso chileno, el experimento de *la vía chilena al socialismo*, sustentada en un amplio campo de fuerzas de izquierda y progresista que resultaba de casi un siglo de formación, no solo implicaba el primer triunfo mundial de un candidato claramente marxista, sino un inaceptable ejemplo político en una América Latina repleta de luchas revolucionarias, luego de la victoria de la revolución cubana que inaugura la actualidad de la lucha autónoma de izquierda.

En Uruguay, la izquierda revolucionaria —que nace en parte como efecto del agotamiento del modelo de desarrollo— crecía en prestigio y capacidad de lucha con un apoyo muy amplio de sectores medios urbanos. Argentina y sus élites históricas vivían los rasgos generales de de-

cadencia del patrón de acumulación regional y el desarrollo creciente de un peronismo de izquierda de base juvenil antiburocrática. Ese era el amplio mundo del pensamiento propio de la teoría, que no se dejaba atrapar por los modelos eurocentristas de los años de las internacionales comunistas y de las hegemonías políticas configuradas como propuestas teóricas en diferentes momentos desde 1924 en adelante.

Latinoamérica fue fraguando agrupamientos de intelectuales y pensadores de izquierda provenientes de tres afluentes complementarios: los nuevos proyectos universitarios (que, aunque a diferentes ritmos, se inician en la Universidad de Córdoba en 1919); los núcleos de pensadores del propio movimiento de trabajadores (muchos de ellos originados en fracciones anarquistas y cristianos de izquierda); así como los cuadros en el interior de partidos de izquierda que deben responder al imperativo de formular políticas de impacto real conociendo las condiciones de producción del capital en sus territorios, y desplegar una naciente lucha teórica por la conducción política frente a los partidos del centro y la derecha en cada país.

Luego del derrumbe históricamente trascendente de la Unión Soviética, que coincide con las grandes transformaciones de la economía mundial que marcarán un tipo de mundialización de las relaciones de producción capitalistas dominadas por el capital financiero, se gestó un clima de cerco sobre la teoría revolucionaria a escala mundial. En América Latina esto fue simultáneo con los años de transición a la democracia en el Cono Sur y a la paz en Centroamérica. Dicho acotamiento de la teoría del campo revolucionario se verificó a nivel académico, pero más gravemente en los planos de la cultura política general y en el seno de los grupos y partidos de izquierda.

Si se puede hablar del paradigma neoliberal, es desde su irónica capacidad de vaciar las necesidades de investigación y pensamiento, al tiempo de persuadir que las cosas son como se ven y creen. Es la victoria de las supersticiones cotidianas. No es extraño que esa lógica se inicie con un ataque a la existencia de la historia, ya que esta es el campo de libertad. Su fin implicaría mucho más que la libertad alcanzada como se ha sostenido, es decir, que la libertad misma no es necesaria. Las obsesiones del consumo serían el soporte de unos individuos realizados espiritualmente en el proceso de compra del deseo, la decisión y el goce frente al producto.

Ese mundo no requiere investigación y debate teórico, mucho menos dudas y programas alternativos. Le basta con productores ensimismados en sus circuitos productivos, trabajadores informales que se precipitan de un lugar a otro, consumidores que dudan dónde comprar, y políticos reproductores de lo mismo. Sería el punto donde la subsunción real se hace psicosocial como totalidad cerrada.

Pero como se sabe, el régimen del capital avanza en sus formas de ganancia y genera, sin quererlo, instancias y fuerzas que contradicen sus despliegues más amplios y sostenidos por dentro de sus grupos de poder y desde abajo, por fuera de sí mismo. La historia es la geografía misma de la historia biológica y social de la especie. El solo declararla muerta indicará la amplitud de la irracionalidad de ese esfuerzo teórico-político.

La larga historia del pensamiento de izquierda en la región emerge a partir de los grupos anarquistas y socialistas a fines del siglo XIX, especialmente en aquellos países donde el desarrollo de una incipiente industria extractiva y de exportación primaria demandó grados de concentración demográfica y productiva de fuerza de trabajo, como el caso de México, Brasil, Argentina y Chile. Esto permitió la generación de niveles de autonomía y conciencia propia y singular, poniendo en duda y crisis el dominio cultural de las élites agroexportadoras con el correr del tiempo, las cuales (y desde ese activo fin de siglo XIX) respondieron con represión directa al naciente movimiento de trabajadores de izquierda.

La forma en que América Latina se había constituido como territorialidad del capitalismo mundial, con base en su población y recurso, estuvo definida por opciones de sus grupos dominantes, quienes optaron por el camino de ser productores de materias primas frente a una economía mundial dominada por las potencias europeas y luego por la estadounidense. Estos declinaron sus opciones frente a otros grupos dominantes de la producción y el comercio internacional.

De tal manera, se configuró una clase dominante supeditada hacia afuera y conservadora hacia adentro, burguesía dependiente y en muchos casos atrasada, sin ese espíritu schumpeteriano de la reinversión expansiva y del riesgo. Estas clases capitalistas supeditadas configuraron una formación histórico-social falta de dinámica que se adapta con dificultades a los giros mundiales del capital y al aumento de las luchas populares y de izquierda en cada país de la región.

Entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, los países de mayor desarrollo relativo en América Latina (con un vértice en la crisis de 1929) intentan adaptarse a los nuevos términos de la división mundial de la producción y el trabajo. A partir de la década de 1940, se pasa con distintas aceleraciones de unos modelos primarios exportadores a unos sustitutivos de exportaciones, que ya comenzaron entre los años de 1930. Las causas de esto han sido estudiadas y debatidas durante largo tiempo. Lo que importa aquí es resaltar cómo esos cambios (desde la forma primario-exportadora a la sustitutiva de importaciones) responden no solo al movimiento adaptativo del capital sino también a los niveles de lucha y alternativas de las fuerzas de izquierda.

En efecto, los períodos de los modelos de acumulación guardan significativos niveles de relación con los de la lucha política de clases, pero no con base en la forma que tuvo en Europa en los siglos XIX y XX. En virtud de la diversa formación social, la lucha de clases mezcla demandas muy básicas de justicia y derechos sociales junto a tareas políticas más avanzadas, como reformas agrarias, universitarias, urbanas, redistribución de la riqueza y derechos políticos amplios.

Este recorrido por alguno de los rasgos distintivos de nuestra realidad latinoamericana no apela a un tribunal histórico objetivo que sostenga que las teorías de diverso origen que configuraron las luchas de esas décadas hasta inicios de 1990 hayan contado con un análisis y una práctica rigurosa y adecuada en cada punto de su trayectoria. Si uno intenta recuperar, de la montaña de lugares comunes, los afanes de muchos intelectuales orgánicos, sabemos que pueden producir un conocimiento desde abajo de los bordes.

Ruy Mauro Marini ha sido un intelectual producido en las luchas históricas; su actualidad deviene en primer lugar de la disciplina y rigor por el conocimiento indispensable para la libertad y, en segundo lugar, de la sugerencia de modelos teóricos que son susceptibles de constituir pistas de trabajo para las nuevas generaciones. El saber humano avanza caprichosamente, recuperando producciones olvidadas y recreando a partir de ellas nuevas formulaciones. De eso se trata el texto que el lector tiene enfrente.

Sería un error concurrir a elaborar teorías en virtud de las oportunidades perdidas por los movimientos sociales y de trabajadores del siglo XX, no solo por la originalidad de la historia sino porque hacerlo implica actuar sobre la historia y no desde ella. Pero también porque

este giro supone vaciar esos momentos del paso de la incertidumbre y de lo emergente, formalizando estructuras de pensamiento que adhieren datos en un orden *ex post facto* para concluir que todo el pasado está resuelto y claro.

Los escritos políticos de Marini son lo suficientemente solventes como para saber que sin voluntad y acción nada está dado, e incluso que esta lucha hace posible —pero no seguro— un avance en medio del complejo juego de voluntades en pugna que es lo social.

Por ello la dimensión analítica, y de creación teórica, implica la creación de conocimiento como mediación entre voluntad y libertad. Entre hacer por el dolor de la opresión y determinación fundada en cada momento. Esto no borra el dolor frente a la injusticia como instrumento del dominio; solo la sitúa en un marco mucho más amplio.

Hoy los niveles de conocimiento de muy diverso tipo para avanzar con originalidad son mucho más complejos que nunca antes en la historia de la modernidad capitalista. Pero es un proceso que tendrá que regresar múltiples veces sobre lo que se conformó por las generaciones anteriores de intelectuales críticos. Para que esto sea fructífero, sabemos que es necesario un clima propicio, unos espacios donde el pensamiento y la experiencia sean acogidos en condiciones de atención. Ruy no se hace a sí mismo desde alguna soledad, sino desde el diálogo, el debate y el estudio con todo lo que sea evidentemente pertinente y con lo que circula con ritmos más amplios por el saber humano.

Pensar la libertad desde el despliegue del sistema capitalista mundial conlleva saber leer en ese sistema, descubrir sus astucias y fetichismos, que no solo están en el espacio de la mercancía sino también en el de las relaciones sociales y culturales —que son en estos tiempos un soporte clave de la reproducción de la vida enajenada y sin sentido que somete a millones de seres—. No con la teoría que por fin lo explica todo, sino con aquella que en sus grados de profundidad mantiene abiertas nuevas opciones de comprensión y da lugar a nuevas analíticas en juego.

La mutación de las condiciones de conflicto y lucha a principios de la década del noventa en nuestros países llevó a Marini a retomar el tema de América Latina desde el ángulo de la identidad y de los nuevos desafíos estratégicos conceptuados, como la integración de los mercados y la política de expansión de estos. También a volver sobre el tema de la reforma del Estado de una democracia participativa y, en definitiva, de cómo ubicar nuestra situación en los nuevos espacios de lo que se dio en denominar «nuevo orden internacional» (Chesnais *et al.*, 2002).

Nunca como hoy la cuestión de la democracia ocupó lugar tan destacado, tanto en las luchas políticas y sociales de América Latina como en la reflexión que sobre ellas se ejerce. Sin duda esto en buena medida se debe a la dura experiencia del período de autoritarismo y represión del que la región apenas ha salido, pero también se debe a que la idea de democracia, tal como se presenta entre nosotros, involucra contenidos, se anexa conceptos y apunta hacia significados que trascienden su definición corriente. Entre ello destacaremos algunos.

En primer lugar, la soberanía. En América Latina, hablar de democracia implica como supuesto necesario— plantear el tema de su capacidad para autodeterminarse, es decir, de fijar sus metas en libertad, atendiendo primariamente a las exigencias de sus pueblos. La soberanía entonces conduce a evocar el tema de la dependencia en que se encuentra la región con respecto al capitalismo internacional y, por ello mismo, a entender la lucha por la democracia como una lucha de liberación nacional.

Viene luego la justicia social. Porque en América Latina el concepto de democracia expresa hoy, en la conciencia de sus pueblos y en el discurso de sus dirigentes, la prioridad de atención a las necesidades más urgentes, la superación de las condiciones de sobreexplotación y miseria en que viven los trabajadores, la edificación de una sociedad que, al basarse en el respeto de la voluntad de la mayoría, haga de los intereses de esta los motivos principales para la acción. En esta perspectiva, la lucha por la democracia es la lucha contra la dominación y la explotación de muchos por unos cuantos, es la lucha por un orden social que tienda a la justicia y a la igualdad, es en suma —allí donde se vuelve más definida— la lucha por el socialismo, importando poco los calificativos que al término se adhieran a los plazos que se establezcan para su consecución (Marini, 1993: 12).

Así, al examinar el movimiento y las tendencias de los procesos de democratización vividos por América Latina, nos vemos obligados a considerar esos elementos referenciales y a movernos en un marco que, a primera vista, parece exceder con mucho el tema de este trabajo. Ello se compensa con el hecho de que nos enfrentamos a una limitación ineludible: al tomar América Latina como objeto de análisis, renunciamos necesariamente a captar toda la riqueza y singularidad de los distintos procesos nacionales, que solo de manera parcial son reductibles a un esquema global de interpretación y que, en casos extremos, escapan totalmente a este. Por esa razón, las luchas democráticas libradas por los países centroamericanos caben mucho menos aquí que las que se refieren al Cono Sur; de ahí que el caso nicaragüense nos sea tratado por nosotros en estas páginas.

La textura intelectual de Ruy Mauro Marini se alimenta de las zonas profundas donde el habla del sentido tradicional y formalista no incursiona donde las relaciones complejas de las relaciones capitalistas desvían la mirada hacia la conformidad y trivialidad. En el esfuerzo por la consolidación de la plusvalía extraordinaria en la economía internacional concurren tres factores y en tensión: la superexplotación del trabajo, la cualificación del trabajo y el sometimiento sociopolítico de los trabajadores, lo cual tiende a una homogenización internacional de los procesos productivos, donde la singularidad de cada lugar remite (entre otros factores relevantes) a las formas en que las resistencias y autonomías de estos trabajadores se oponen con condiciones de éxito a esta dinámica.

Cada espacio y ritmo de este conflicto es una geografía muy amplia de investigación; las secuencias que urden esto van, de acuerdo a Marini, desatándose en períodos diferentes, desde el desarrollismo, la teoría de la dependencia, el endogenismo, el neodesarrollismo y el neoliberalismo. Siendo la teoría de la dependencia, la que representó el punto más logrado del pensamiento propio y libertario en nuestra región. Esto fue posible en virtud de la relación entre estudio y acción política.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio
 2004 *Estado de Excepción. Homo sacer II, 1*. Buenos Aires: Editorial Adriana Hidalgo.
- AMIN, Samir
 1997 *Crítica de nuestro tiempo*. México: Siglo XXI.
- BENSAÏD, Daniel
 2006 *Clases, Plebes, Multitudes*. Caracas: Editorial El Perro y La Rana.
- CASAS GRAGEA, Ángel María (ed.)
 2005 *La teoría de la dependencia*. Madrid: AECI.
- CHESNAIS, François, Gérard DUMÉNIL, Dominique LÉVY e Immanuel WALLERSTEIN
 2002 *La globalización y su crisis*. Madrid: Catarata.
- ENRÍQUEZ, Miguel
 1998 *Con vista a la esperanza*. Santiago de Chile: Edición Humberto Ojeda.
- ESTAY REINO, Jaime, C. LARA y C. SILVA (eds.)
 2012 *El neoliberalismo y su crisis. Causas, escenarios, y posibles desarrollos*. Santiago: Fundación Heinrich Böll Cono Sur.
- GUNDER FRANK, André
 1985 «Desarrollo y subdesarrollo». En Ángel María Casas Gragea, ed. *La teoría de la dependencia*. Madrid: AECI.
- HOBBSAWM, Eric
 2011 *Cómo cambiar el mundo*. Barcelona: Crítica.
- MANDEL, Ernest
 1985 *El Capital. Cien años de controversias en torno a la obra de Karl Marx*. México: Siglo XXI.
- MARÍN, Juan Carlos
 2010 *El Cuerpo, Territorio del Poder*. Buenos Aires: P.I.CA.SO.
- MARINI, Ruy Mauro
 1993 *Democracia e integración*. Venezuela: Nueva Sociedad.
 1991 *Debate y cambio*, No. 1.

- 1973a *Dialéctica de la dependencia*. México DF: Era.
- 1973b *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*. México DF: Era.
- MARTINS, Carlos Eduardo
- 2008 «Ruy Mauro Marini: marco del pensamiento contemporáneo». En Ruy Mauro Marini. *América Latina, dependencia y globalización*. Bogotá: CLACSO y Siglo del Hombre editores.
- MARX, Carl
- 1966 *El Capital*. Tomo III. México: Fondo de Cultura Económica.
- MERLEAU-PONTY, Maurice
- 1964 *La fenomenología y las ciencias del hombre*. Buenos Aires: Editorial Nova.
- MISTRAL, Carlos
- 1974 *Chile: del triunfo popular al golpe fascista*. México DF: Era.
- OSORIO URBINA, Jaime
- 2001 *Fundamentos del análisis social: la realidad social y su conocimiento*. México D.F.: Casa abierta al tiempo – Fondo de Cultura Económica.
- 1983 *El marxismo latinoamericano y la dependencia*. México DF: UAM-Xochimilco.
- ROLSDOLSKY, Román
- 1983 *La crítica de la economía política hoy*. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla.
- RUBIN, Isaac Illich
- 1987 *Ensayo sobre la teoría marxista del valor*. México: Cuadernos de pasado y presente.
- SADER, Emir
- 2003 *La venganza de la historia*. México DF: Era.
- SERRA, José, y Fernando H. CARDOSO
- 1978 «Las desventuras de la dialéctica de la dependencia». En *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 40, No. extra.: 9-55.